

## Mi partida

Sin embargo, en mi tablero familiar hubo dos importantes espacios por los se movía mi niñez, la convivencia con mis abuelos.

En primer lugar, relato desde la madurez el de Vicenta, mi abuela materna.

Una lluviosa mañana de enero me encaminé de Murcia a Madrid en mi vehículo. La noche anterior, al descolgar el teléfono, me llegó tranquila la voz de mi madre:

—César, hijo, la abuela ha muerto. Que Dios la tenga en su gloria. Su cadáver, hasta que le demos sepultura, se encuentra en el velatorio de la Clínica ICE, en la calle San Bernardo 68 de Madrid, donde ha fallecido.

Allí encontré a la familia y a algunos amigos. El cuerpo arrugado y encerado de mi abuela me devolvió a la niñez.

Desde muy temprana edad, de seis a doce años hasta mi marcha a Madrid, todas las noches excepto en verano, subía a su casa en el recinto amurallado de la Villa para hacerle compañía. Mi camino habitual era la Calzada. Sus piedras alisadas por el uso de siglos, el hielo de los inviernos a las ocho de la tarde y de la mañana, en que subía y bajaba, y mi paso rápido de chiquillo inquieto, se convertían en silenciosos confabuladores de patinazos imprevistos y desagradables talegazos.

Al anochecer de los inviernos, mi abuela se refugiaba con frecuencia al calor de braseros de leña y partidas de brisca y tute en casa de Catalina Palomar, situada sobre la muralla, al lado de la botica. Sentado en la esquina del banquillo de madera, con los brazos cruzados sobre la mesa de hule verde y la cabeza sesteando sobre las manos, era testigo mudo de monótonas conversaciones.

—Aquí estoy yo, afirmaba Catalina, sentando veladamente que la baza era suya.

—Bueno, bueno, pero luego remato yo, argumentaba mi abuela.

—¿Cómo ha sido lo de la vaca de tu chica?, aprovechaba Catalina la cuña de un estrecho silencio para preguntar a mi abuela sin retirar la vista de las cartas.

—Es-to-se-po-ne-in-te-re-san-te, mascullaba monótonamente y sin pausas don Julio Roldán, el boticario, sesgando la cabeza más de lo que su enfermedad se la había fijado.

—Esta puede ser mía, decía Doña Jesusa, la obesa mujer del boticario, ahogando sus palabras entre dientes.

—Vicenta, no lo pienses tanto, caray, parece que llevas algo, le apremiaba Catalina.

—Mi abuela mataba la baza con el tres de oros. Y entonces, sólo entonces, cuando aminoraba la atención en el juego, hilvanaba el asunto de la vaca. Pues creo que el vaquero no ha tenido mucho cuidado y otra vaca la ha empujado por el puente, despanzurrándose en el suelo.

—No hay mal que por bien no venga, sentenciaba Catalina. Así comeremos carne unos días, porque en estos tiempos de escasez ... La solidaridad empujaba a las gentes del pueblo a colaborar con la familia afectada comprando su carne en la *Obligación*.

La pesadez de mis párpados, me ausentaba inevitablemente de aquellas aburridas tertulias. Mas al cabo de un rato, el ruido de sillas y el fuerte tono de las despedidas me arrancaban del calorcito de mis sueños.

—Mira, decía Catalina a mi abuela, el chico se ha dormido. ¡Angelito!

Camino de su casa, el frío de la calle me devolvía al mundo. Yo dormía en la primera habitación y mi abuela en la que da a la calle Nueva. Las habitaciones no tenían puerta, unas rústicas cortinas velaban su intimidad.

Vicenta Navas García, así se llamaba mi abuela, era hija de Nicolás Navas Aguado, veterinario de la localidad y quizás de otros pueblos cercanos, y de Raimunda García García, de Fuentidueña. Con veinticinco años se casó con Gregorio Hernansanz en 1908, viviendo en Fuentesauco, donde aquél ejercía la profesión de carpintero.

Gregorio era muy juerguista y un año más se dispuso a disfrutar la fiesta de Fuentepiñel. A la vuelta, una tormenta le empapó y a los pocos días una pulmonía pondría fin a sus días. Debió ocurrir el año 1918. Vicenta quedó viuda, con tres hijos y sin recursos. Además debió ocuparse de su madre Raimunda, ciega, hasta su muerte con ochenta y dos años en 1928.

Su cuerpo arrugado y encerado se me figuró jugando su partida con la vida durante un siglo. Dedos invisibles movían las piezas negras. Ella sus piezas blancas. Pronto le inmovilizaron alfiles y algunos peones. Las difíciles circunstancias, que le tocó vivir, le llevaron a jugar la partida enrocada, haciéndose fuerte en la resistencia, soledad, aislamiento y numantismo hasta que le mataron *caballo de Rey*, el 17 de enero de 1979.

El 27 de setiembre de 1952, tenía yo once años, mi madre nos despertó alborotada: Hijos, levantaos que ha muerto el abuelo. Casimiro Herrero Salcedo, mi abuelo paterno, fue el mayor de tres hermanos de una familia afincada en Fuentidueña. Viví muchos ratos a su lado. Aún recuerdo aquel gélido día, en el que mediada la mañana y sentados en piedras al abrigo del cerco de la vieja casa, mi abuelo y yo buscábamos el tibio sol de enero.

—El inusual runrún de un avión lejano fue la espoleta de su queja. Hijo, la guerra, esta terrible guerra, ... Y sus ojos se le empañaron de lágrimas.

—Era un tabú hablar de la reciente Guerra Civil. Pero a mis oídos había llegado, no sé por dónde, la aureola del General Moscardó y decidí abordarle. Abuelo, cuénteme quién era el General Moscardó.

—Hijo, el General Moscardó fue el defensor de Toledo. Se encerró en el Alcázar y lo defendió heroicamente hasta que llegaron los nacionales. El Alcázar ... Sus grandes manos con ademanes de ciego envolvían y estiraban aquellos relatos de guerra, de la reciente Guerra Civil Española. Era la primera vez que yo oía hablar de la Guerra, tan

cercana para él como lejana para mí. Yo tenía cuatro y mi abuelo setenta y tantos años. Para él era una tragedia, para mí mis únicos cuentos de niño.

Su porte corpulento y temperamental, con sombrero de paño negro, capa castellana marrón con embozo, pantalón de pana negra y cayado semiapoyado en sus rodillas, arrastraba una ceguera en sus últimos años, la cual no le impidió ir y volver solo de la bodega. Tuvo fama de ser buen bebedor de vino, del vino de sus viñas, claro está, que no le perturbó el juicio, ni le dañó el cuerpo, llegando a ser en los últimos años de su vida su principal sustento.

No recuerdo haberle oído hablar de satisfacciones o calamidades en sus viajes y estancia en Filipinas, a pesar de que por aquellos años las tropas españolas en las islas no vivían precisamente en un remanso de paz. Sin embargo, aún permanece en mi memoria una secuencia cinematográfica de aquellos años, que bien puede servir de referencia de las estrecheces y penalidades en relación a Filipinas. Me encaminaba al campo a recoger hierba para los conejos, cuando a unos cien metros del cruce de San Lázaro, alcancé a un anciano, que, enfundado en traje de pana, bufanda y boina negras, paseaba ayudado de su cayado en dirección al Convento.

—Buenos días, señor Celedonio.

—Hola hijo, me contestó absorto en sus pensamientos. Pero reaccionó al instante. Ah, eres el nieto de Casimiro.

Celedonio González era unos años más joven que mi abuelo y yo tendría unos diez años. A pesar del sol, aquella mañana de primavera se mostraba desapacible en exceso. Abundantes y grandes charcos salpicaban de agua y barro el firme de la carretera, apelmazado de piedra y tierra. Tal vez los charcos y mi presencia fueran la causa de su involuntaria confesión.

—Hijo, me decía entre lágrimas apuntando con su cayado a los turbios charcos del suelo, qué penalidades pasábamos en aquellos largos viajes a Filipinas. En el barco comíamos pan con gusanos y bebíamos agua de orines de caballos.

No entendía yo que el pan criara gusanos, ni que se pudieran beber aguas turbias con la abundancia de limpias aguas, que había en el pueblo, e ignoraba que él hubiera estado en Filipinas. Su confesión me sorprendía, poniéndome al tanto de los padecimientos de los soldados que sirvieron en Filipinas.

En alguna ocasión mi abuelo me habló de Filipinas, pero hacía tanto tiempo que estuvo allá y sus palabras se referían a unas islas tan lejanas y difusas, que no conseguía aterrizar en nada concreto. Sin embargo, los libros y postales de fuelle, que se trajo de Manila, seducían poderosamente mi atención y mi imaginación más que mil palabras.

.....

Hice mis primeros movimientos con *Caballo de Rey* bajo la atenta mirada de *Peón de Caballo de Rey* y *Peón de Alfil de Rey*, mis padres. Paso de apertura, que realizaba, paso que estaba protegido por los dos referidos peones. Me sentí seguro, salvo en una jugada de *Caballo de Rey negro*, que logró confundirlos. A *Peón de Caballo de Rey*, mi madre, haciéndole confiar que no había peligro para su hijo y a *Peón de Alfil de Rey*, mi padre, haciéndole creer que la seguridad del tentemozo era suficiente para el niño. Tendría yo cerca de dos años. Mi padre había cargado a tope un carro de basura del corral, dejándolo en la puerta de la casa con la seguridad del tentemozo. En un descuido de mi madre me puse a jugar en las proximidades del carro, desplazé el tentemozo y la carga de basura me sepultó. Mi madre, desesperada, me buscó por casa y calle, sin encontrarme. ¡Qué angustia! La observación del carro de basura, antes lleno y ahora volcado, y los gritos de los vecinos del Convento, que vieron caerme la carga encima, le alertaron de mi presencia bajo la basura. Me rescataron escarbando con las manos,

evitando así consumir el lance del adversario, aunque la jugada de *Caballo de Rey* negro dejó su lastre, aumentando los problemas que ya arrastraba de niño y grabando en mi subconsciente una reiterativa y agobiante pesadilla, que presidiría los sueños de mi infancia. Para salir de casa a la calle tenía que arrastrarme, unas veces a través de una gatera muy pequeña de una portada antigua en nuestra casa del pueblo, que me angustiaba, y otras por una cueva, en cuyo trayecto me faltaba aire.

La herencia genética y cultural de mi *Alfil de Rey* es casi exclusiva de mi padre, sin él mi armonía con la Creación se hubiera resentido, aunque mi madre llevaría esta sabiduría y contacto con la naturaleza al camino de la fe. Desde su simpleza perfiló en mí *Alfil de Rey*, protegiendo sus primeros movimientos. Me enseñó a mirar, distinguir y conocer las estrellas. Cuando en las madrugadas de julio y agosto marchábamos a segar en el carro, el intenso firmamento nos guiaba, presidía sus palabras y nos acompañaba en el camino a Los Colmenares, Santa Cruz, El Carril, Valcavado u otros parajes. La Osa Mayor, el Carro de Santiago como me decía emocionado, porque cuatro estrellas forman sus ruedas y tres la lanza del carro. Las casi imperceptibles Cabrillas, las Pléyades, que interpretándolas en agosto predecían el tiempo del año siguiente. ¡Cuánta sabiduría contenían las estrellas para un hombre, que no sabía leer y sólo dibujar su nombre! Por nubes y vientos sabía del peligro de tormentas. A veces corríamos a refugiarnos antes de que chasquearan su látigo de fuego y vertieran cántaros de agua o granizo. Sabía buscar agua en las entrañas de la tierra para la exigua huerta robada a la imposible ladera. Sabía de árboles, aves y animales y cómo atraparlos cuando los necesitaba. Sabía de la hora del día por la sombra del sol, de la necesidad humana de la energía de la tierra, sabía cómo acariciar a peces y cangrejos y atraparlos a caña o a mano. Se enorgullecía de segar la mies con elegancia y maestría. En los crudos inviernos, cuando los alimentos escaseaban y el manto de nieve nos forzaba a encerrarnos en casa, desempolvaba sus

cepos para atrapar gorriones. Con uno por cabeza era suficiente. En la escasez aquellos gorriones eran un bocado necesario y delicioso. ¡Cuánta sabiduría y vida proporcionó la Creación a *Peón de Alfil de Rey*!

En el niño, *Alfil de Rey* se benefició de flujo vital en contacto con la naturaleza, con la Creación. En invierno disfrutaba con manto de nieve y carámbanos de dos metros, que casi enlazaban bocatejas con suelo y en primavera con verdes campos de cebada y trigo y sonrojadas amapolas. Me revolcaba en las altas hierbas de prados y dehesas. Retozaba feliz con corderos en las verdes laderas del pueblo. Me revitalizaba con tormentas y lluvia, con el aire de monte y valle, con el aroma de tomillo, romero y espliego y con el agua fresca de la fuente. Me sumergía feliz en asilvestradas riberas y río. Movimientos, que robustecerían de por vida la felicidad de mi *Peón de Rey*.

La Creación, en cuanto obra de la mano de Dios, lleva impresa en su naturaleza genética el sello, que le imprimió el Creador. Sus manifestaciones se intensifican cuando se las contempla con la óptica del amor creador, deviniendo en lo que podríamos denominar misticismo de la Creación. A quienes disponemos de alas de fe, su energía y amor nos envuelven y llevan a Dios. Fruto de las jugadas de *Alfil de Rey* fue la grabación en mi subconsciente del que considero el sueño más feliz de mi vida. En mi niñez soñé que subía por las escaleras de madera de la casa alquilada a Calixta, la partera, y en vez de acabar en el primer piso, accedía a una blanca y espaciosa cueva, que salía en el centro del monte, donde me inundaban tanta luz y vegetación, tanta paz, felicidad y amor como jamás hubiera imaginado desear. ¡Hubiera permanecido allí toda la vida!

En algunas ocasiones el niño se vería en peligro, porque efectuaba movimientos en falso. Tendría nueve años, cuando varios niños decidimos coger vivo a un buitre leonado. Vigilantes desde la Iglesia de San Martín, observamos que varios buitres habían descendido a comer carroña del redil, levantado en la ladera poniente de la cima de Los

Hornos. Cuando entendimos que habían llenado sus buches, corrimos provistos de fuertes varas, facilitando la salida a varios y manteniendo sólo al más grande en el redil. Aquel buitre, al verse acorralado y acosado, se nos abalanzaba con pico, garras y alas extendidas, cuya envergadura sería de dos a tres metros, en ademán de embestirnos. Frente a su peligro nuestras varas eran un juguete de niños. Tuvimos que desistir de aquel desafortunado movimiento y salir corriendo, porque peligraban nuestras vidas.

Otras veces, la celada envolvente de *Peón de Dama* negro despertó deseos desmedidos en el niño, queriendo pescar con avidez peces y poniendo en serio peligro a *Caballo de Rey*. Ocurrió en el río Duratón y tendría once años. Era obligación mía y de mis hermanos cuidar y llevar a pastar las vacas, con frecuencia a las riberas del Duratón, mientras nos dedicábamos a pescar. Mi hermano Félix y yo las llevamos a Las Hervencias y nos dispusimos a pescar a mano. Exactamente bajo la represa del pantano, en el lado de las viñas, había una roca, que se sumergía en oblicuo en el río, la cual tenía una grieta de alto en bajo algo sesgada hacia la derecha, que se estrechaba conforme se sumergía en el agua y cuyo interior siempre contenía peces. Como tantas veces, me sumergí en el río para sacar en la misma inmersión tres peces, uno en cada mano y otro en la boca. Pero sin advertir la celada, deslicé mi mano tras la estela de los peces más abajo que de costumbre, la grieta se estrechó y me impidió sacarla, mientras mis pulmones requerían desesperadamente oxígeno. En un impulso vital solté el pez, tiré de la mano hacia arriba con decisión y energía y salió de la grieta. Aquel momento se me hizo eterno. Los reflejos de *Caballo de Rey* habían evitado consumir aquel peligroso movimiento de *Peón de Dama* negro.

Mirando retrospectivamente, el peso de las jugadas en la balanza de mi niñez resultó muy satisfactorio, inclinándose del platillo de la vida, amor, armonía con la



Creación, Dios, fe, lealtad, pobreza, felicidad y esperanza. ¡Lo que haría de *Caballo de Rey* un niño feliz!

.....

En el tablero de mi niñez en Madrid efectué varios movimientos de *Peón de Caballo de Dama*, recreando el mundo, que me llegaba. Entonces había en Madrid tres elementos o instituciones, que llamaban poderosamente mi atención. Uno, las farolas de gas, que en algunas calles de la ciudad, como Alcalá, levantaban su cuerpo artístico y suspendían en las frías noches madrileñas su mortecino y esférico halo luminoso, llenando la niebla de fantasmas desnudos y hongos blancos. Todos los días al anochecer y amanecer aparecían enfundados en largos blusones unos duendes llamados faroleros con la pértiga del mechero en su mano, dando vida a cada farola o quitándosela. Esta visión nocturna y su ritual me transportaban a otra dimensión.

Otro, lo constituían los serenos. Todas las noches alrededor de las diez u once aparecía cada sereno en su zona con blusón negro y largo, gorra de plato, chuzo, silbato y voluminosos juegos de llaves engarzados en anillas, y éstas ensartadas en su cinturón. Yo diría que todos tenían abundante mostacho y, quien no lo tuviera, no podría ser sereno. Vigilaban hasta las seis o siete de la mañana. Se les llamaba gritando *sereno* o *dando fuertes palmadas*. Éste respondía al grito de *ya voy, con fuertes golpes de chuzo sobre el suelo* o *silbato*. A veces tocaba esperar media hora para que abriera la puerta. Si la memoria no me traiciona, formaban un gremio sin sueldo, cuyos componentes los seleccionaba el Ayuntamiento, y vivían de generosas propinas. Si no se la dabas o era ridícula, mantenía tendida la mano y su mudo gesto te la reclamaba. Eran los ángeles de la noche.

El tercero, el cuerpo de barrenderos municipales, que en parejas o tríos y con grandes escobas, limpiaban las calles en un abrir y cerrar de ojos, a los que seguían los

malabaristas de la manguera. Las bocas de agua en las aceras distaban unas de otras tal vez más de cien metros. Suplían la distancia largas mangueras de lona con regulación en su punta, como las de bomberos, consiguiendo potentes y largos chorros de agua. Me impresionaba su destreza en el manejo de la manguera. Lo mismo limpiaban con poderoso y fino chorro ángulos y recovecos que abanicaban la calle a lo largo con tupida cortina de agua, sin mojar a transeúntes, ni vehículos. Los chiquillos jugábamos a correr delante del agua, gritando *a que no llegas*. Los barrenderos más juguetones, ignorando nuestra provocación, pero siguiendo el juego de reajo, conseguían que la tromba de gotas de agua rebotada nos pisara los talones.

Por otra parte, me seducía el tirón del paisanaje, llevándome con frecuencia a la estación de Norte. De aquí partían y llegaban los trenes del Norte de España. Segovia, se notaba en el ambiente. Muy cerca, en las alrededores del puente del Manzanares, próximo a la ermita de San Antonio de la Florida, media docena de timadores desplumaba a los pueblerinos, que picaban en el juego de la carta más alta, las cuales echaban sobre un paño en el suelo. El numerito lo repetían siempre que tenían mirones nuevos. Uno manejaba con destreza las tres cartas de naipes españoles. Otro, con vestimenta, gorra, semblante, modales y lenguaje de palurdo, casi siempre ganaba y hacía torpe ostentación de sus ganancias. El resto de timadores parecía gente normal, que alimentaba con sus apuestas el bolsillo del palurdo. Los mirones advenedizos no confiaban demasiado. Pero cuando las ganancias del palurdo les seducían a jugar, entonces aquél perdía en la partida.

Tras observar detenidamente su juego, me di cuenta que el palurdo siempre ganaba en la primera jugada y después sólo hasta que picaban los curiosos o confiados. Lo cual me inclinó a ejecutar un movimiento de *Caballo de Rey* en la estrategia de gambito. Oculto en apariencia de niño y creyendo saber los posibles movimientos del

adversario lancé un ataque a *Peón de Dama* negro. Me decidí a apostar cinco pesetas a la carta del palurdo y gané veinticinco. Las sibilinas miradas de reojo entre los timadores les delataron. Habían descubierto mi habilidad. Tuve que cambiar de casilla *Caballo de Rey* con decisión y rapidez para eludir el peligro envolvente de sus *Caballos de Rey* negros. El tiempo jugaba en mi contra. Salí indemne, haciendo mutis por el foro, gracias al numeroso público, a mis reflejos y habilidad en escabullirme.

Por otra parte, *Peón de Torre de Dama* negro, siempre al acecho, se valía de mi inexperiencia para amenazar a algunas piezas de mi tablero. Una tarde, paseando con varios amigos de las Hermandades de Trabajo por Reina Victoria, observamos enfrente del cine Metropolitano a un grupito de gente y nos metimos en él. Era, por así decirlo, la sala de espera de un burdel. En las inmediaciones del Canal de Isabel II, había un terraplén, que terminaba en sótano, en cuya entrada se levantaba un pilar de hormigón soportando un forjado, que tal vez estuviera así desde los bombardeos de la guerra. Pues bien, el pilar hacía de prostíbulo y a escasos cinco metros estaba la clientela mirona. El burdel lo constituía una única mujer, tal vez próxima a los cuarenta años y de aspecto descuidado. Mantenían la relación de pie, apoyándose en el pilar. El ritual consistía en ponerse en cola guardando la escasa distancia de discreción, y cuando llegaba el turno, acercarse, pagar un duro y ... en breves instantes el siguiente de la cola. Un amigo de nuestro grupo se lanzó. Aquello me producía vergüenza y profunda tristeza, movimientos de *Peón de Torre de Dama*, que me libraron de aquel rudimentario burdel de hormigón.

Sin embargo, *Peón de Dama* efectuó una imprevista y sorprendente jugada, que supuso una firme apertura en mi tablero. El 24 de diciembre de 1958, alrededor de las nueve de la noche, volvía del trabajo a casa por el Paseo de la Castellana. Después de pasar Lista en dirección a Colón, se me acercó un señor de mediana edad lamentándose de su penuria y esperando en silencio mi ayuda. Yo llevaba mi gabardina de segunda

mano, adquirida en la tienda de la calle Pelayo, y en el bolsillo mi paga extraordinaria de Navidad de unas mil pesetas, el importe íntegro de una mensualidad, cobrada hacía breves momentos. Aquel hombre, que no me dijo ni pregunté su nombre, portaba ropas arrugadas, tal vez más vino del conveniente en el cuerpo y necesidad. En un acto reflejo del alma, diría ahora que sin dar lugar a la mente a pensarlo, saqué de mi bolsillo el sobre de la paga extraordinaria y se la entregué íntegra. Casi sin tiempo de esperar su respuesta me despedí de él con una sonrisa. El resto del camino a casa me parecía que mis pies no tocaban suelo, flotaban. Hoy, cincuenta y tantos años después, puedo afirmar que jamás en mi vida he vivido tanta felicidad como en aquellos momentos. Tal vez haya sido el movimiento más lúcido y eficaz de mi vida. Movimiento que reforzaba el amor de *Torre de Rey*, a Dios en *Rey*, la fe de *Dama*, la esperanza de *Torre de Dama*, la lealtad de *Peón de Torre de Rey* y, sobre todo, la felicidad de *Peón de Rey*.

.....

Sin embargo, aún quedaba hasta Lima la ruta de Los Andes, que efectuamos en un vuelo Buenos Aires-Miami, sobrevolando sus impresionantes alturas. *Caballo de Rey* negro nos vigiló estrechamente buscando su ocasión en las alturas. Me impresionaba aquella nave bimotor, completa de pasajeros, sorteando la cordillera andina. Los tremendos baches de aire la zarandeaban, como cascarón que vapulea el viento, empujándola simultáneamente hacia los lados y hacia abajo, como para clavarla en alguna de aquellas puntiagudas agujas blancas. Al margen del riesgo suponía, sin embargo, un espectáculo maravilloso. Se mirara por donde se mirara, los blancos picos escoltaban al avión por todas partes. Una década después, en octubre de 1972, un avión con deportistas que hacía la ruta Montevideo, Buenos Aires, Santiago de Chile se accidentó en la cima de Los Andes. Tuvieron que superar frío, hambre, e incomunicación. Para sobrevivir durante setenta y cinco interminables días, los supervivientes se vieron

obligados a recurrir al necesario canibalismo pasivo sobre cadáveres de compañeros. Sus terribles avatares me refrescaron y revivieron aquel vuelo y me emocionaron, porque sucedió en la misma zona y ruta que la nuestra.

.....

En aquellos días *Torre de Rey* efectuó el primer movimiento de otros, que vendrían después, que afectaría felizmente a *Caballo de Rey* y aseguraría momentáneamente las posiciones de todas mis piezas en el tablero. Se acercaba la Semana Santa de 1965 y decidí irme al pueblo a pasar unos días. Necesitaba oxigenarme en la familia y en la naturaleza. La primavera es especial en Fuentidueña. Mas en este viaje sucedería lo imprevisto e inesperado. En el autobús de Segovia a Fuentidueña también viajaba una joven, alegre y de luminosos ojos azules, con la que crucé intensas y frecuentes miradas, sin palabras, porque nuestros asientos estaban algo distantes. Yo me apeé en mi pueblo y ella parecía seguir otro rumbo en la vida. Pero al día siguiente la encontré por casualidad en un pueblo vecino. Multiplicamos los encuentros. Nuestra alegría y felicidad no decaía, se mostraba intensa, inmensa. Era la irrupción irresistible del amor, que nos llamaba. Fuencis tenía veintidós y yo veinticinco años. En dos escasas semanas formalizamos nuestra relación de novios, cuyos movimientos de *Torres de Rey* acrisolaban nuestra relación de amor con lazos inquebrantables de respeto, sinceridad, lealtad, confianza, alegría, esfuerzo y sacrificio, desapego material, realismo, equilibrio, entrega a los demás, actuaciones e ilusiones comunes y expectativas de modelo de vida e ideales cristianos, que vertebrarían en el futuro la médula de nuestra relación. Las expectativas y consecuencias de este pacto de amor vieron la luz de inmediato. *Torre de Rey* desbordaba amor. *Caballo de Rey* multiplicaba por diez su vitalidad. *Alfil de Rey* retomaba la armonización con la Creación. Dios afianzaba su posición en *Rey*. *Dama* aseguraba en su mano la antorcha de la fe. En el horizonte de *Torre de Dama* se

disipaban las tinieblas y volvía con fuerza la esperanza. *Peón de Torre de Rey* redoblaba su lealtad. *Peón de Rey* se veía desbordado de felicidad. Y *Peón de Torre de Dama* tomaba un merecido respiro en su sufrimiento.

.....

Desde mi paso por el Ejército percibía el peligro en cualquier escaque blanco. El adversario con *Caballo de Rey*, el apoyo de *Rey* y otras piezas negras decidió apostar por la victoria rápida, sin tregua, eliminándome sin paliativos del tablero. Sufrí acoso por todos frentes, resultando seriamente tocado mi tablero. Fue necesario elaborar una estrategia de defensa en la que participarían en primera línea el amor de *Torre de Rey*, la esperanza de *Torre de Dama* y el dolor de *Peón de Torre de Dama*, y en la retaguardia, *Dios de Rey*, la fe de *Dama* y las ayudas exteriores de *Peón de Caballo de Rey* y *Peón de Alfil de Rey*. Aunque el peso recaería sobre las defensas, la combinación de defensa y retaguardia logró salvar los muebles en esta delicada situación. A *Caballo de Rey* no le quedaba otra opción que ampararse en la retaguardia, recuperarse y esperar mejores tiempos para avanzar. A partir de este momento el peso de la operación de castigo del adversario recaería con especial virulencia sobre *Caballo de Rey* y *Peón de Torre de Dama*. El bacilo de Koch galopaba a sus anchas por mis pulmones. La fiebre y destemplamiento de cuerpo me descontrolaban. En un ambulatorio de la Seguridad Social me diagnosticaron tuberculosis pulmonar, me pusieron medicación y dieron la baja por enfermedad. Debía curarme en mi casa. No fueron capaces de calcular su gravedad. A la semana escasa no pude levantarme de cama y mi familia se alarmó. Una ambulancia me trasladó al Hospital de San Carlos en Atocha, hoy Mueso Reina Sofía. Allí permanecí ingresado dos días en una sala muy grande, repleta de pacientes ancianos. Era un espectáculo dantesco. Un médico de este Hospital decidió ingresarme en el sanatorio antituberculoso de Valdelatas, que en los membretes tenía un nombre más delicado: Hospital Sanatorio de

Enfermedades del Tórax. Era el 3 de noviembre de 1966. Entonces, aquel sanatorio era para muchos pacientes ni más ni menos que la antesala de la muerte. Era deprimente comprobar el constante goteo de muertes de compañeros de sanatorio, cuando no de habitación. Permanecí ingresado en este infierno quince meses.

No puedo por menos de relatar un diálogo con un compañero de habitación y vecino de cama, cuya secuencia me ha acompañado a lo largo de mi vida:

—César, a ti que eres soltero no te hace falta vivir. Pero a mí, que tengo cuatro hijos, me hacen falta estas manos para alimentarlos, me decía desde la desnudez de su alma Higinio, un barbero cincuentón de La Mancha, a la vez que me mostraba y abría sus gruesas y vastas manos desplegando los dedos y se le agrandaban y humedecían las pupilas.

—Higinio, le replicaba, tú puedes dar gracias a Dios porque has tenido la posibilidad de vivir cincuenta años largos y formar una familia. Pero yo no he tenido aún la opción de vivir. Ojalá pudiera llegar a los cincuenta y formar una familia como tú. Me daría con un canto en los dientes, sería para agradecerlo.

Meses antes de abandonar Valdelatas le vi morir en su cama, pasando yo a ocupar su espacio de preferencia junto al ventanal. Entonces aquel diálogo me produjo desazón. Sin embargo, hoy, limado con la erosión del tiempo y fertilizado con amor, concienso que tenía más razones que yo para vivir y hubiera aceptado sacrificarme por sus manos e hijos y me gustaría hacerles llegar que, aun en aquellas angustiosas circunstancias, tenían “un padre”, de lo cual fui testigo.

También vi fallecer a Manolo, compañero de habitación, un bala perdida andaluz con seis hijos, que se conquistaba a una monja para que le llevara comida mejor, golosinas o mimos. ¡Cuánto lo sintió la monja! Y vi morir de esta terrible enfermedad a otros muchos compañeros de sanatorio. Valdelatas era un negro túnel sin salida. Cada

día era un duro desafío, una especie de ruleta rusa. No sabía cuándo me podía tocar el turno a mí. Las visitas eran escasas. Salvo mi madre, algunos hermanos y familiares, mi novia y unos cuantos compañeros jesuitas, como Jesús Herrero, Carlos Cardó, Lazarte y Legaz, los demás se olvidaron de mí. Parecía que tuviera la peste. No hay mejor crisol para depurar los amigos. En aquella antesala de la muerte, los meses pasaban, y aunque cultivaba la esperanza no percibía la más mínima expectativa de recuperar la salud. Me habían acribillado a pinchazos e inflado a estreptomicina y pastillas, habían probado con la técnica de neumotórax, aire en las pleuras, y mis pulmones no terminaban de sanar. Los médicos se mostraban escépticos y no se atrevían a hablarme, no ya de curación, sino tampoco de simple mejoría. Tengo el recuerdo de que en aquellos días de tanto antibiótico y sufrimiento perdí memoria y me aumentó el bello por el cuerpo.

.....

Alrededor de 1978, los movimientos por sorpresa de *Peón de Alfil de Rey* y *Peón de Alfil de Dama* negros nos inmovilizaron mientras deliberábamos en la Coordinadora Nacional Sanitaria para negociar con el INP en Madrid. Un día, sería alrededor de las siete de la tarde, al salir de la reunión del edificio de Malasaña, en la que deliberábamos nuestras posiciones, la policía nos estaba esperando con sus lecheras en la puerta del edificio. En un santiamén, los aproximadamente treinta asistentes a la reunión fuimos pasando sin posibilidad de evasión del portal a las furgonetas. Nuestra detención no tenía sentido, porque no habíamos alborotado, ni delinquido. Además, no se nos acusaba de nada. Simplemente éramos detenidos por orden directa y expresa del General Rossón, entonces Ministro de Interior. De Malasaña nos llevaron a la Dirección General de Seguridad en la Puerta del Sol, que entonces era en términos policiales la cúspide de la represión franquista. Aquí nos bajaron a las mazmorras de un sótano, tal vez el segundo,



repartiéndonos por grupos en diferentes dependencias, cortadas por el mismo patrón. Al privarnos de nuestras pertenencias y relación con el mundo perdimos la noción de tiempo.

Había que desbaratar este bloqueo adversario. Un fugaz momento me brindó la estrategia personal, que jugaría con *Caballo de Rey* y *Peón de Alfil de Rey*. A las pocas horas de nuestra detención nos irían subiendo a dependencias policiales para tomarnos declaración, ficharnos y comprobar nuestro histórico antifranquista. Quiero recordar que subíamos de tres en tres y a cada uno nos atendía un comisario. A mí me tocó alrededor de la una de la madrugada, había un reloj de pared de la sala. Me dio la impresión de que los comisarios estaban hartos de este tipo de detenciones. En el interrogatorio le di cuerda, respondía correctamente a cuanto me preguntaba. Al final, a su pregunta *¿tiene Vd algo más que decir?*, alegué, naturalmente, que estaba casado y necesitaba llamar a mi mujer para que no estuviera intranquila. No sería muy receptivo, pero ante mi insistencia, aceptó a regañadientes que la llamara. Deme Vd el teléfono que lo marco yo, me dijo. En este preciso instante jugué *Caballo de Rey* con tal decisión y rapidez que el comisario parecía no apreciarlo. Le di el teléfono de Lola Montoya, la compañera del Comité de Empresa de la Arrixaca. Le hablé como si fuera mi mujer, haciéndole llegar en clave que estábamos detenidos y ella era el enlace para mover los hilos en este conflicto. El siguiente movimiento correspondía a *Peón de Alfil de Rey* que Lola, con soltura y complicidad de efecto dominó, jugaría poniendo al tanto a mi familia, movilizándolo al Comité de Empresa y éste a la Ciudad Sanitaria Virgen de la Arrixaca y al resto de los principales centros sanitarios de España, que se levantaron en huelga. Estuvimos detenidos unos tres días, el tiempo que pudieron aguantar la presión de huelgas y calle.

.....

En el ámbito de mis sensibles lazos con Latinoamérica quería mover *Peón de Caballo de Dama* contactando con Ernesto Cardenal a través de una carta de mi hijo

Fernando. Pretendía que la firme estrella de su cultura orientara las estrategias y movimientos de nuestros tableros.

*Murcia, 27 de enero de 1984.*

*D Ernesto Cardenal, Ministro de cultura*

**NICARAGUA**

*Con todo respeto permítame, Sr. Ministro, que le llame Ernesto y le tutee. Me llamo Fernando Herrero Vega, tengo 13 años y estudio 8º de EGB en la Escuela Equipo de Murcia (España). Te quiero decir Ernesto que siento un gran cariño por el pueblo nicaragüense, por su proceso revolucionario y por lo que dentro del mismo representa tu persona y los cristianos de base. Te escribo para decirte que, si fuera posible, me mandes algún libro o folleto con el plan de estudios de Nicaragua. También me interesa conocer los avances culturales desde el triunfo de la revolución en diferentes campos, como alfabetización de adultos, cómo lleváis a la práctica la formación en la solidaridad y en la justicia, etc... Mándame también una relación de escuelas para ponernos en contacto con ellas. Algún día me gustaría visitar Nicaragua. Entretanto, mándame algunos posters para colgarlos en la escuela, pues mis amigos también tienen una gran simpatía y afecto por el pueblo de Nicaragua. Bueno, Ernesto, he llegado al final de mi carta. Muchas gracias por todo lo que vas a enviarme.*

*Recibe un fuerte abrazo de tu amigo.*

*Fdo. Fernando Herrero Vega.*

Pasaría un año y Ernesto Cardenal no contestaba. Bastante problemas tenían en Nicaragua con la Contra, la CÍA, Reagan y el Imperio como para satisfacer nuestras ilusiones. No podíamos sospechar que la carta no había llegado a su destino. Le reiteré nuestra carta a través de su embajada en Madrid, llegando por fin su respuesta.

**MINISTERIO DE CULTURA DE NICARAGUA**

GOBIERNO DE RECONSTRUCCIÓN NACIONAL

Managua, 25 de febrero de 1985

Compañero FERNANDO HERRERO VEGA

Escuela Equipo de Murcia, España

Querido Fernando:

*Casi un año después llegó por fin tu carta extraviada, más bien tu mensaje a través de la revista de tu escuela, acompañada de una carta de tu papá para el Embajador de Nicaragua en España, Cro. Orlando Castillo, quien, a su vez, nos hizo llegar la revista con tu carta y la carta de tu papá para él, y una nota del Embajador para nosotros. Tu carta quizá nunca llegó hasta nosotros como parte de la agresión del imperialismo, que interrumpe y retrasa la correspondencia que se dirige a Nicaragua. Tú también fuiste, pues, en eso víctima de la agresión, como muchos otros niños nicaragüenses, que ahora son víctimas, pero esos niños y muchos otros de tu edad en la frontera norte de Nicaragua con Honduras combaten a los contrarrevolucionarios. Los niños nicaragüenses siempre han sabido defender nuestra soberanía, perdiendo acaso su infancia, la edad de los goces de la ternura, de los juegos y de la imaginación; hace muchos años, el General Sandino tuvo toda una unidad de combate en la montaña que se llamaba el “Coro de Ángeles”; después, cuando la recién pasada guerra de liberación nacional, dos niños fueron muertos por la guardia de Somoza: uno se llamaba Luis Alfonso Velázquez y le decían “El Grillito” y el otro Manuel de Jesús Rivera, y lo llamaban “La Mascota”. Ahora estamos luchando para que todos los niños crezcan, vivan, jueguen y sueñen en paz, pero siempre nos agreden. No nos dejan construir parques, pero los construimos. Son parques de diversión donde llegan los niños a pasar sus horas libres mientras pueden. Uno de esos parques lleva el nombre de un niño mártir. Él se ha convertido en campo de juegos, en hierba verde y flores...*

*En cuanto a la cultura de la nueva Nicaragua te diré que lo más importante de esa cultura es su revolución, la batalla de los lápices contra la ignorancia de niños jóvenes y adultos. También iremos rescatando la felicidad. Ojala que un día, cuando hayamos logrado la paz, puedas venir a Nicaragua a jugar con otros compañeros de tu edad y con nosotros a construir un mundo poblado por el amor. Te envío algunos carteles.*

*Recibe un fuerte abrazo de tu amigo.*

*Fdo. Ernesto Cardenal*

**MINISTRO DE CULTURA**

Su poética prosa y firma no dejan lugar a dudas sobre la inspiración y autoría de esta carta. Así era Ernesto Cardenal, pura poesía vital y vendaval de esperanza aun en los momentos más desesperados de la vida. Una mañana en la primavera de 1985 nos dirigimos una maestra de la Escuela Equipo y yo a la Embajada de Nicaragua en Madrid. Llevábamos un cheque de unos 1.200 dólares, que en ausencia de su embajador, entregamos a su sustituto en presencia del teólogo Forcano. Charlamos ampliamente, volviendo el mismo día a Murcia con la satisfacción en alma y cuerpo. El talón, fruto de la generosidad de la Escuela Equipo, serviría para crear una escuela en Nueva Segovia, al norte de Nicaragua, cerca de Honduras, donde los niños plantaban cara al imperialismo y *su sangre se convertía en campo de juegos, en hierba verde y flores...*

Su misiva supuso una oportuna y feliz inyección de moral en las piezas de nuestros tableros, pero, sobre cualquier otra consideración, provocó un beneficio imprevisto, afianzando en roca la esperanza de *Torre de Dama*. Gracias, Ernesto.